

Nigel Bevelstoke, más conocido como Turner por aquellos que querían llevarse bien con él, sabía muchas cosas.

Sabía leer griego y latín y sabía cómo seducir a una mujer en francés e italiano.

Sabía cómo disparar a un objetivo en movimiento desde un caballo al trote y sabía exactamente cuánto podía beber antes de perder la dignidad.

Sabía pelearse a puñetazos y practicar esgrima con un maestro, y sabía hacer ambas cosas mientras recitaba a Shakespeare o a Donne.

En resumen, sabía todo lo que un caballero debía saber y, por supuesto, destacaba en cada área.

La gente lo miraba.

La gente lo admiraba.

Pero nada, ni un segundo de su vida prominente y privilegiada, lo había preparado para ese momento. Y nunca había sentido el peso de las miradas ajenas como ahora, cuando dio un paso adelante y lanzó un puñado de tierra encima del ataúd de su mujer.

La gente no dejaba de decirle: «Lo siento» o «Lo sentimos».

Y, mientras tanto, Turner no podía evitar preguntarse si Dios se estaría burlando de él, porque lo único que podía pensar era: «Yo no».

Ah, Leticia. Tenía tanto que agradecerle.

A ver, ¿por dónde empezar? Estaba la pérdida de su reputación, claro. Sólo el diablo sabía las personas que estaban al corriente de que su mujer le había sido infiel.

En repetidas ocasiones.

También estaba la pérdida de su inocencia. Ahora le costaba recordarlo, pero un día había concedido el beneficio de la duda a la humanidad. Había creído que la gente era buena y que, si trataba a los demás con honor y respeto, le devolverían el mismo trato.

Y, por último, estaba la pérdida de su alma.

Porque, mientras retrocedía y entrelazaba las manos a la espalda con rigidez y escuchaba cómo el sacerdote unía el cuerpo de Leticia a la tierra, no podía ignorar el hecho de que había deseado esto.

Deseaba deshacerse de ella.

Y no iba a. No la había llorado.

-Una lástima -susurró alguien a sus espaldas.

Turner apretó la mandíbula. No era una lástima. Era una farsa.

Y ahora tendría que pasarse los próximos doce meses de luto por una mujer que había acudido a él embarazada de otro hombre. Lo había embrujado, lo había provocado hasta que sólo podía pensar en poseerla. Le había dicho que lo quería y había sonreído con inocencia y satisfacción cuando él le había declarado su devoción y le había prometido su alma.

Había sido su sueño.

Y después se había convertido en su pesadilla.

Había perdido el bebé, el que había acelerado su matrimonio. El padre era un conde italiano o, al menos, es lo que ella dijo. Estaba casado, o era poco adecuado, o quizás ambas cosas. Turner estaba dispuesto a perdonarla porque todos cometemos errores. Además, ¿no había intentado él también seducirla antes de la noche de bodas?

Sin embargo, Leticia no quería su amor. Turner no sabía qué demonios quería; quizá poder o la intensa sensación de satisfacción al saber que otro hombre había caído bajo su embrujo.

Entonces se preguntó si su mujer pensó eso cuando él aceptó. O quizá sólo sintió alivio. Cuando se casaron, estaba de tres meses.

No podía perder el tiempo.

Y ahora aquí estaba. O ahí estaba. Turner no sabía con certeza qué adverbio de lugar era más adecuado para un cuerpo sin vida en el suelo.

Daba igual. Sólo lamentaba que Leticia pasaría la eternidad en sus tierras, descansando entre los Bevelstoke que habían muerto a lo largo de la historia. En la lápida aparecería su apellido y, dentro de cien años, alguien se fijaría en las inscripciones del granito y pensaría que era una gran dama y que había sido una lástima que Dios se la hubiera llevado tan joven.

Turner miró al sacerdote. Era un hombre joven, nuevo en la parroquia y, por supuesto, todavía convencido de que podía convertir el mundo en un lugar mejor.

-Cenizas a las cenizas -dijo el sacerdote, y miró al hombre que debía ser el afligido viudo.

«Ah, sí -se dijo Turner, mordaz-, está hablando de mí.»

-Polvo al polvo.

Tras él, alguien sollozó.

Y el sacerdote, con los ojos azules y resplandecientes con un brillo de compasión absolutamente inadecuado, continuó:

-Con la certeza de la Resurrección.

Por el amor de Dios.

-A la vida eterna.

El sacerdote le miró y frunció el ceño. Y Turner se preguntó qué había visto, exactamente, en su cara. Seguro que nada bueno.

Se oyeron varios amén y allí terminó el oficio. Todos miraron al sacerdote, y luego lo miraron a él, y entonces observaron cómo el sacerdote le tomaba la mano y le decía:

-La echaremos de menos.

-Yo no -respondió el joven.

No puedo creerme que dijera eso.

Miranda miró las palabras que acababa de escribir. Iba por la página cuarenta y dos de su decimotercer diario, pero era la primera vez, la primera vez desde aquel fatídico día hacía nueve años, que no tenía ni idea de qué escribir. Incluso en los días más aburridos, y eran frecuentes, conseguía completar una entrada decente.

En mayo de su decimocuarto año escribió:

Me he despertado.

Me he vestido.

He desayunado: tostadas, huevos y beicon.

He leído Sentido y sensibilidad, cuya autora es una dama desconocida.

He escondido Sentido y sensibilidad de mi padre.

He comido: pollo, pan, queso.

He conjugado los verbos en francés.

He escrito una carta a la abuela.

He cenado: ternera, sopa y pudín.

He leído un poco más de Sentido y sensibilidad. La autora sigue siendo desconocida.

Me he acostado.

He dormido.

He soñado con él.

Aunque no debía confundirse con la entrada del doce de noviembre de ese mismo año:

Me he despertado.

He desayunado: tostadas, huevos y jamón.

He intentado leer una tragedia griega.

Sin éxito

Me he pasado casi todo el tiempo mirando por la ventana.

He comido: pescado, pan, guisantes.

He conjugado los verbos en latín.

He escrito una carta a la abuela.

He cenado: asado, patatas y pudín.

He bajado la tragedia a la mesa (el libro, no ninguna desgracia).

Papá no se ha dado cuenta.

Me he acostado.

He dormido.

He soñado con él.

Y ahora, ahora que había sucedido algo importante y trascendental (cosa que nunca sucedía), lo único que podía escribir era: No puedo creerme que dijera eso.

-Bueno, Miranda -murmuró mientras observaba cómo la tinta se secaba en la punta de la pluma-, no alcanzarás la fama como escritora de diarios.

-¿Qué has dicho?

Miranda cerró el diario. No se había dado cuenta de que Olivia había entrado en la habitación.

-Nada -respondió, enseguida.

Olivia cruzó la alfombra y se dejó caer en su cama.

-Qué día más terrible.

Miranda asintió y se volvió en la silla para estar de frente a su amiga.

-Me alegro de que estuvieras aquí -dijo Olivia, con un suspiro-.

Gracias por quedarte a pasar la noche.

-Por supuesto -respondió Miranda. No lo había dudado, y menos cuando le había dicho que la necesitaba.

-¿Qué estás escribiendo?